

## ¿Podrán ser lucrativas las corridas en la Plaza México?

(Primera parte)

**M**uchos aficionados nos cuestionamos sobre el origen de la difícil situación financiera por la que atraviesa la empresa que actualmente regentea el coso de Insurgentes. Como todos sabemos, a la mayoría de las corridas celebradas en la temporada 2000-2001 no asistió el público, porque no se le ofrecían garantías de que se lidiaran VERDADEROS TOROS y además, hubo una deplorable confección de los carteles.

Por lo anterior, resulta natural el que los aficionados razonemos sobre la manera de cómo resolver el problema, buscando en el pasado la explicación del fracaso que sufrimos y, sobre todo, de las

posibilidades futuras. Hace unos días, *Televisión Azteca* llevó a cabo una encuesta con el objeto de averiguar si Rafael Herrarías, como empresario, podría mejorar la fiesta taurina en esta capital. La respuesta no se hizo esperar y 58.45% contestaron que empeoraría, 21.83% consideraron que se mantendría igual y sólo 19.71% de los aficionados pensaron que se corregiría.

Quisiera, por lo tanto, en una serie de cuatro artículos, revisar a los diferentes empresarios taurinos que ha habido en México y sobre todo la forma como desarrollaron su función contratando ganado, toreros y presentando carteles atractivos para que el público sostuviera la fiesta.

El primero que merece el nombre de empresario fue el comerciante español Francisco Murias, quien con un capital regular, después de asistir a corridas en la Península Ibérica, quiso imponerlas en México,

adquiriendo alquilada la Plaza Colón, en 1887. Contrató a Luis Mazzantini, pagándole 175 mil pesetas, o sea, 78 mil pesos de entonces, que estaban a la par del dólar, por actuar en diez corridas. En realidad no era tanto el dinero invertido, puesto que el torero vasco tendría que devengar el sueldo de sus alternantes de segunda categoría y traía la mejor cuadrilla de España.

Durante el verano, Murias hizo el viaje a ese país comprando cuatro corridas excelentes, que provenían de Vicente Martínez, Manuel Aleas, Benjumea y el Conde de la Patilla, las cuales darían realce a los festejos, combinándose con las mejores dehesas nacionales.

A pesar del alto costo de la inversión, los precios que se cobraron por las localidades eran apenas de 8 pesos, y en la Plaza Colón, situada a espaldas del Paseo de la Reforma, sólo cabían 10 mil espectadores. La temporada resultó un éxito

